

WILLIAM  
GIBSON



NEUROMANTE

minotauro ESENCIALES

WILLIAM  
GIBSON

---

NEUROMANTE

**minotauro**

Título original: *Neuromancer*

©1984, 1986, 1988 by William Ford Gibson

© de la traducción, David Tejera Expósito, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-450-0940-6  
Depósito legal: B. 323-2021  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# 1

El cielo sobre el puerto era del color de un canal desintonizado en la pantalla de una televisión.

–No estoy enganchado –le oyó decir Case a alguien mientras se abría paso a empujones por entre la multitud hacinada junto a la puerta del Chat–. Es que mi cuerpo tiene déficit de drogas y hay que compensar.

Era una expresión del Ensanche y un chiste del Ensanche. El Chat-subo era un bar para expatriados profesionales; podías ir allí de copas durante toda una semana y no oír ni dos palabras en japonés.

Ratz era el encargado del bar y su brazo protésico se agitaba rutinariamente mientras llenaba una bandeja de vasos de cerveza Kirin de barril. Vio a Case y sonrió; sus dientes eran una amalgama de acero de la Europa del Este y unas caries parduzcas. Case encontró un sitio para sentarse en la barra, entre el bronceado improbable de una de las prostitutas de Lonny Zone y el uniforme de la armada bien planchado de un africano alto cuyas mejillas estaban surcadas por precisas hileras de cicatrices tribales.

–Wage pasó por aquí a primera hora, con dos matones –dijo Ratz, al tiempo que le pasaba una caña desde el otro lado de la barra con la mano buena–. ¿Negocios entre manos contigo, Case?

Case se encogió de hombros. La chica que tenía a la derecha emitió una risotada y le propinó un codazo.

La sonrisa del barman se ensanchó. Hacía gala de una fealdad legen-

daria. En la era de la belleza asequible, que aquel hombre careciese de ella le confería un aura heráldica. Su primitivo brazo chirrió mientras lo extendía para coger otra jarra. Era una prótesis militar rusa, un manipulador de siete funciones con resistencias y una carcasa de plástico mugriento y de color rosa.

–Eres todo un *artiste*, Herr Case –gruñó Ratz, aunque el sonido que emitió parecía más bien una risa. Se rascó con esa garra rosa la barriga que le colgaba por debajo de la camisa blanca–. Un artista para negocios un tanto turbios.

–Ya ves –convino Case, y le dio un sorbo a la cerveza–. Alguien tiene que darle a esto un poco de emoción. Y ni de coña vas a ser tú.

La risotada de la prostituta se volvió una octava más aguda.

–Ni tú tampoco, hermana. Así que date el piro, ¿te parece? Zone y yo somos íntimos.

La mujer miró a Case a los ojos y amagó un escupitajo casi sin hacer ruido ni mover los labios. Pero al final se marchó.

–¡Por Dios! –exclamó Case–. Pero ¿se puede saber qué antro de mala muerte has montado aquí? No puede uno ni echar un trago.

–Ja –rió Ratz mientras le pasaba un trapo a la madera mellada–. Zone me pasa un porcentaje. A ti te dejo trabajar aquí porque me entretienes.

Mientras Case volvía a coger la bebida, se hizo uno de esos extraños instantes de silencio, como si cientos de conversaciones sin relación alguna se detuviesen al mismo tiempo. Luego volvió a oírse a todo volumen la risotada de la prostituta, con cierto tonillo de histeria.

Ratz gruñó.

–Ha pasado un ángel.

–Los chinos –vociferó un australiano borracho–. Los chinos inventaron los empalmes nerviosos, joder. Si quieres una operación nerviosa en condiciones, vete a la China continental. Te dejan que pareces otro, colega...

–Pues anda que... –le dijo Case a la cerveza al tiempo que todo el amargor le subía por la garganta como si de bilis se tratase–. Vaya una chorrada.

A esas alturas, los japoneses ya se habían olvidado de más neurocirugía que la que los chinos habían sabido jamás. Las clínicas clandestinas de Chiba estaban a la vanguardia del negocio. Su gran variedad de técnicas mejoraba mes a mes; aun así, no habían sido capaces de reparar el daño sufrido por Case en aquel hotel de Memphis.

Llevaba un año allí y aún soñaba con el ciberespacio, pero las esperanzas se desvanecían más y más cada noche. Pese a todo el *speed* que consumía, todas las oportunidades que había aprovechado, todos los problemas a los que se había enfrentado en Ciudad Nocturna, aún veía la matriz en sueños, ese entramado resplandeciente de lógica que se desplegaba contra un vacío incoloro... El Ensanche era ahora un largo y extraño camino de vuelta a casa sobre el Pacífico, y ya no era un jinete de las consolas, ya no era un vaquero del ciberespacio. Tan solo un estador del montón que necesitaba ganarse la vida. Pero los sueños continuaban en la noche japonesa como si fuesen un vudú eléctrico, y había gritado, gritado en sueños, y despertado solo en la oscuridad, acurrucado en la habitación de un hotel cápsula cualquiera con las manos clavadas en el colchón de la cama y con la espuma viscoelástica entre los dedos, tratando de aferrar una consola inexistente.

—Vi a tu chica anoche —comentó Ratz mientras le pasaba a Case la segunda Kirin.

—No tengo chica —dijo, y bebió.

—La señorita Linda Lee.

Case negó con la cabeza.

—¿No es tu chica? ¿No es nada? ¿Solo negocios, amigo *artiste*? Hay que ver lo volcado que estás. —Los pequeños ojos marrones del barman anidaban en lo más profundo de su rostro arrugado—. Creo que me gustabas más cuando ibas con ella. Eras más risueño. Ahora, algunas noches te pones demasiado intenso. Vas a acabar en el tanque de una clínica, una pieza de repuesto.

—Me partes el corazón, Ratz.

Apuró la cerveza, pagó y se marchó, los hombros altos y estrechos encorvados debajo de una cazadora de nailon caqui llena de gotas de

lluvia. Se abrió paso por entre la multitud de Ninsei. Olía su sudor rancio.

Case tenía veinticuatro años. A los veintidós había sido vaquero, un cuatrero, uno de los más destacados del Ensanche. Lo habían entrenado los mejores: McCoy Pauley y Bobby Quine, leyendas del negocio. Trabajaba con un subidón casi permanente de adrenalina, derivado de su juventud y de sus aptitudes, enchufado en un equipo personalizado de ciberespacio que proyectaba su presencia incorpórea en esa alucinación consensuada llamada matriz. Era un ladrón que trabajaba para otros ladrones más ricos, empleadores que proporcionaban los programas insólitos y necesarios para franquear los muros resplandecientes de los sistemas corporativos y abrir las ventanas de los fértiles campos de datos.

Había cometido el típico error, el que juró que nunca iba a cometer. Robó a los que lo habían contratado. Se quedó con algo e intentó colárselo a un perista de Ámsterdam. Aún no tenía claro cómo lo habían pillado, pero tampoco es que importase a esas alturas. Esperaba que lo asesinaran, pero se limitaron a sonreír. Le dijeron que estuviese agradecido, agradecido por el dinero, porque lo iba a necesitar. Ya que, sin dejar de sonreír, se iban a asegurar de que nunca volviese a trabajar.

Le dañaron el sistema nervioso con una micotoxina rusa de tiempos de guerra.

Atado a la cama en un hotel de Memphis, su talento se consumió micrón a micrón. Alucinó durante treinta horas.

El daño fue minucioso, sutil y del todo efectivo.

Para Case, que había vivido para ese júbilo incorpóreo del ciberespacio, fue como la Caída. En los bares que había frecuentado cuando era una celebridad entre los vaqueros, permanecer en la élite implicaba cierta dejadez y desprecio por la carne. El cuerpo no era más que carne. Case se volvió prisionero de su propia carne.

No tardó en cambiar todo su capital a neoyenes, un grueso fajo de viejo papel moneda que no hacía más que circular por el circuito cerrado que

conformaban los mercados negros del mundo como si de las conchas de los nativos de las islas Trobriand se tratase. En el Ensanche era difícil hacer negocios con dinero en efectivo; en Japón ya era ilegal.

Y fue en Japón donde tuvo la certeza absoluta de que encontraría la cura. En Chiba. O bien en una clínica certificada, o bien en las turbiedades de una clandestina. Chiba era sinónimo de implantes, empalmes nerviosos y microbiónica, y también un imán para las subculturas tecnocriminales del Ensanche.

En Chiba había visto cómo sus neoyenes se evaporaban después de una ronda de dos meses de análisis y consultas médicas. Los encargados de las clínicas clandestinas, su última esperanza, alabaron la habilidad con la que lo habían capado para después negar con la cabeza despacio.

Terminó por dormir en las cápsulas más baratas, las más cercanas al puerto, debajo de los focos de halógenos que iluminaban los muelles toda la noche como si fueran escenarios enormes, lugar desde el que no se veían las luces de Tokio debido al resplandor de ese cielo que parecía una televisión, ni siquiera el altísimo holograma con el logo de la Fujii Electric Company, y desde el que la bahía de Tokio era una extensión oscura en la que las gaviotas revoloteaban sobre cascotes de poliestireno blanco a la deriva. Al otro lado del puerto se encontraba la ciudad, cúpulas de fábricas entre las que predominaban los extensos cubos de las arcologías corporativas. La línea de demarcación del puerto y de la ciudad era una estrecha frontera de calles viejas, una zona a quien nadie le había dado un nombre oficial. Ciudad Nocturna y, en su corazón, Ninsei. De día, los bares de Ninsei estaban cerrados y tenían un aspecto anodino, el neón apagado, los hologramas inertes, aguardando bajo aquel cielo plomizo envenenado.

Dos manzanas al oeste del Chat, en una tetería llamada Jarre de Thé, Case se tomó la primera pastilla de la noche con un expreso doble. Era un octógono plano y rosa, una variante brasileña y muy potente de dextroanfetaminas que le había comprado a una de las chicas de Zone.

Las paredes del Jarre eran acristaladas, y cada uno de los paneles estaba enmarcado con neón rojo.

Al principio, solo, en Chiba, con poco dinero y mucha menos esperanza de encontrar una cura, Case se había dejado llevar por una especie de vehemencia mortal para conseguir liquidez que lo había sumido en una exaltación insensible que no parecía propia de él. El primer mes había matado a dos hombres y a una mujer por cantidades que un año antes le habrían parecido ridículas. Ninsei lo consumió tanto que hasta la calle terminó por parecerle la exteriorización de sus tendencias suicidas, un veneno misterioso que no sabía que le corriese por las venas.

Ciudad Nocturna era como un experimento demente de darwinismo social diseñado por un investigador aburrido que no levantaba el dedo del botón de avance rápido. Si dejabas de moverte, te hundías en ella sin dejar rastro, pero si lo hacías demasiado rápido, rompías la frágil tensión superficial del mercado negro. Así pues, hicieras lo que hicieras no tenías ningún futuro y solo iba a quedar de ti un vago recuerdo en la mente de algún asiduo del lugar como Ratz, aunque era posible que tu corazón, tus pulmones y tus riñones acabasen por sobrevivir al servicio de algún desconocido que tuviera los neoyenes suficientes para comprarlos en los tanques de una clínica.

El negocio allí era como un zumbido constante y subliminal; y la muerte, el castigo aceptado por la vagancia, la indiferencia, la falta de tacto o el fracaso a la hora de acatar las exigencias de un protocolo muy intrincado.

Case estaba solo en la mesa del Jarre de Thé. El octógono había empezado a subirle y unas gotículas de sudor comenzaban a adornarle las palmas de las manos al tiempo que se hacía demasiado consciente de todos y cada uno de los movimientos de los pelos que tenía en los brazos y en el pecho. Sabía que en algún momento había empezado a jugar consigo mismo a un juego muy antiguo que no tenía nombre, un solitario definitivo. Ya no llevaba un arma ni tomaba las precauciones básicas. Se encargaba de los trabajos más rápidos y dudosos de la calle y tenía reputación de ser capaz de conseguir lo que le pidieran. Una parte de él sabía que esa tendencia autodestructiva quedaba muy clara a ojos de sus clientes, que no habían dejado de menguar, pero esa misma parte de él disfrutaba de que solo fuera cuestión de tiempo. Y era esa parte

de él, cautivada por la expectativa de la muerte, la que más odiaba pensar en Linda Lee.

Se había encontrado con ella una noche lluviosa en un salón recreativo.

Bajo los fantasmas que relucían a través del humo azulado de los cigarrillos, hologramas de *Castillo del mago*, *Guerra de tanques europea* o *Skyline de Nueva York*... Y ahora siempre la recordaba de esa manera, con la cara iluminada por la convulsa luz de los láseres, sus facciones reducidas a líneas de código. Sus mejillas brillaban de un rojo escarlata cuando ardía el *Castillo del mago*, su frente se iluminaba de un azul celeste cuando Múnich caía en *Guerra de tanques* y su boca tenía cierto toque dorado reluciente cuando un cursor deslizante prendía chispas en las paredes de un cañón formado por rascacielos. Esa noche le estaba yendo muy bien. Ya se había agenciado el dinero de la venta de un buen alijo de la ketamina de Wage, que ya estaba de camino a Yokohama. Había salido a la cálida lluvia que caía en la acera de Ninsei y, de alguna manera, ella le había llamado la atención, una cara entre las docenas que había frente a las máquinas, perdida en el juego. La expresión de su rostro era la misma que vería horas después mientras dormía en una cápsula junto al puerto; su labio superior era como esas líneas que usaban los niños para dibujar pájaros al vuelo.

Cruzó los recreativos para colocarse junto a ella, emocionado aún por el trato que acababa de cerrar, y vio que alzaba la vista. Ojos grises rodeados por un borrón negro de sombra de ojos. Mirada propia de un animal con la vista fija en los faros del coche que está a punto de atropellarlo.

La noche que pasaron juntos terminó por la mañana, comprando pasajes en la terminal de aerodeslizadores para su primer viaje al otro lado de la bahía. La lluvia los acompañó hasta Harajuku. Las gotas resbalaban por su chaqueta plástica, y los niños de Tokio recorrían en tropel las famosas tiendas de moda con mocasines blancos y capas de film transparente. Llegaron a un salón de *pachinko* en el estrépito de medianoche, y ella le cogió la mano como si fuese un niño.

Pasó un mes antes de que la terapia de drogas y ansiedad que era ahora su día a día convirtiese esos ojos sorprendidos en pozos de reflexiva necesidad. Vio cómo la personalidad de Linda se fragmentaba, se resque-

brajaba como un iceberg y sus esquirlas se alejaban hasta que se percató de esa necesidad en bruto, del entramado voraz de la adicción. La había visto picar la siguiente raya con una concentración que le recordaba a las mantis que vendían en los puestos de Shiga, junto a los tanques de carpas mutantes azules y los grillos en jaulas de bambú.

Case se quedó mirando el anillo negro de posos que había quedado en su taza vacía, que había empezado a vibrar a causa del efecto del *speed* que acababa de consumir. El laminado de madera de la mesa lucía mate a causa de una pátina de rayajos diminutos. Las dextroanfetaminas habían empezado a subirle por la columna y vio la infinita cantidad de impactos fortuitos que eran necesarios para dejar así una superficie como esa. El Jarre estaba decorado con un estilo del siglo anterior, anticuado e indescriptible, una mezcla inquietante de tradición japonesa y plásticos milaneses de tonos pálidos, pero todo parecía estar cubierto por una película sutil, como si un millón de clientes hubieran perdido los estribos y golpeado los espejos y los plásticos antaño relucientes para dejar todas las superficies emborronadas de tal manera que jamás pudieran volver a brillar.

—¿Qué tal? Case, amigo mío...

Alzó la vista y se topó con esos iris grises rodeados por el borrón de la sombra de ojos. Llevaba un mono de trabajo orbital francés y unas zapatillas blancas nuevas.

—Te he estado buscando, tío. —Se sentó frente a él y apoyó los codos en la mesa. Las mangas del traje azul de cremallera habían sido arrancadas a la altura de los hombros. Lo primero que hizo fue mirarle los brazos, por si encontraba marcas de dermos o de agujas—. ¿Quieres un cigarrillo?

Sacó un paquete arrugado de Yeheyuan de un bolsillo que tenía en el tobillo y le ofreció uno. Case lo cogió y dejó que se lo encendiese con un tubo de plástico rojo.

—¿Duermes bien, Case? Pareces cansado.

El acento dejaba claro que era del sur del Ensanche, de cerca de Atlanta. La piel bajo sus ojos era pálida y macilenta, pero la carne seguía siendo firme y suave. Tenía veinte años. En las comisuras de los labios habían empezado a marcársele nuevas arrugas permanentes cau-

sadas por el dolor. Tenía el cabello negro recogido con una cinta de seda estampada. El patrón era similar al de un microcircuito, o al mapa de una ciudad.

–No tengo problema si recuerdo tomarme las pastillas –respondió al tiempo que una oleada tangible de nostalgia se apoderaba de él, soledad y lujuria alentadas por la longitud de onda de las anfetaminas. Recordó el olor de su piel en la oscuridad sobrecalentada de esa cápsula junto al puerto, los dedos de Linda amasándole la parte baja de la espalda.

«La carne manda y tiene sus necesidades», pensó.

–Wage –dijo ella al tiempo que entrecerraba los ojos–. Quiere verte con un buen agujero en la cara.

Se encendió un cigarrillo.

–¿Quién lo dice? ¿Ratz? ¿Has hablado con Ratz?

–No. Mona. Su nuevo amante es uno de los chicos de Wage.

–No le debo tanto. Él a mí sí, pero tampoco es que tenga dinero. Se encogió de hombros.

–Ahora son muchos los que le deben dinero, Case. Quizá te use de ejemplo. Ándate con cuidado, te lo digo en serio.

–Claro. ¿Y tú, Linda? ¿Tienes dónde quedarte a dormir?

–Dormir. –Sacudió la cabeza–. Claro, Case.

Se estremeció y se inclinó hacia delante sobre la mesa. Tenía el rostro cubierto de sudor.

–Toma –dijo él mientras se metía la mano en el bolsillo de la cazadora y sacaba un billete arrugado de cincuenta. Lo alisó con ademanes mecánicos por debajo de la mesa, lo dobló en cuatro y se lo pasó.

–Lo necesitas más que yo, guapo. Será mejor que se lo des a Wage.

Había algo en esos ojos grises que no era capaz de discernir, algo que no había visto hasta entonces.

–Le debo mucho más a Wage. Cógelo. Conseguiré más –mintió mientras veía desaparecer sus neoyenes en un bolsillo con cremallera.

–Será mejor que consigas el dinero y hables rápido con Wage, Case.

–Nos vemos, Linda –dijo él mientras se levantaba.

–Claro. –Un milímetro de blanco se iluminó debajo de cada una de sus pupilas. *Sanpaku*–. Cuídate, tío.

Case asintió, ansioso por marcharse.

Miró por encima del hombro mientras la puerta de plástico se cerraba tras él y vio los ojos de la joven reflejados en una jaula de neón rojo.

Viernes noche en Ninsei.

Pasó junto a puestos de *yakitori* y salones de masaje, la cafetería de una franquicia llamada Chica Guapa, el estruendo electrónico de un salón recreativo. Se apartó para dejar paso a un *sarariman* de traje negro y vio el logo de Mitsubishi-Genentech tatuado en el dorso de la mano derecha del hombre.

¿Era auténtico? Sabía que, en caso de ser real, ese hombre estaba buscando problemas. Si no lo era, se lo tenía merecido. A los empleados de M-G de cierto nivel les implantaban unos microprocesadores avanzados que monitoreaban los niveles de mutágeno en el flujo sanguíneo. Un equipamiento de esa índole podía convertirte en una diana para los ladrones de Ciudad Nocturna, lo suficiente como para acabar en una clínica clandestina.

El *sarariman* era japonés, pero toda la muchedumbre que deambulaba por Ninsei estaba formada por *gaijin*. Grupos de marineros procedentes del puerto, turistas solitarios y nerviosos que buscaban placeres que no salían anunciados en las guías, matones del Ensanche que lucían injertos e implantes, así como una docena de especies diferentes de estafadores que deambulaban por las calles en lo que parecía una coreografía intrincada de negocios y ambición.

Corrían todo tipo de teorías encaminadas a explicar por qué Chiba City toleraba la región de Ninsei, pero Case tendía a pensar que quizá la *yakuza* conservara el lugar como una especie de parque histórico, un recordatorio de sus orígenes humildes. Pero también le veía algún sentido a la idea de que las tecnologías en expansión requerían zonas al margen de la legalidad, que Ciudad Nocturna no estaba ahí para servir a sus habitantes, sino como un parque infantil al que, de manera deliberada, se había dejado sin vigilancia para la propia tecnología.

Se preguntó si Linda tendría razón mientras alzaba la vista hacia las luces. ¿Lo mataría Wage para dar ejemplo? No tenía mucho sentido,

pero el hombre comerciaba sobre todo con biológicos ilegales y todo el mundo consideraba que había que estar loco para dedicarse a algo así. Linda le había asegurado que Wage quería verlo muerto. Lo primero que aprendió Case sobre las transacciones callejeras era que ni el comprador ni el vendedor lo necesitaban. El negocio de un intermediario siempre consistía en convertirse en un mal necesario. El dudoso nicho que había conseguido ocupar en el ecosistema criminal de Ciudad Nocturna se había creado con mentiras, forjado noche a noche a base de traiciones. Se sentía al borde de una extraña euforia ahora que veía cómo sus paredes empezaban a derrumbarse.

La semana antes había pospuesto la transacción de un extracto glandular para venderlo por un precio que le aseguraba unos beneficios mayores de lo habitual. Sabía que a Wage no le había gustado nada. Wage era su proveedor principal: llevaba nueve años en Chiba y era uno de los pocos proveedores *gaijin* que había conseguido relacionarse con la aristocracia criminal inmovilista y estratificada que había más allá de las fronteras de Ciudad Nocturna. El material genético y las hormonas entraban en Ninsei a cuentagotas gracias a un complejo entramado de testaferros y corruptelas. De alguna manera, Wage se las había arreglado para seguirle la pista a una mercancía en cierta ocasión, y ahora contaba con los contactos adecuados en una docena de ciudades.

Case reparó en que estaba mirando el escaparate de una tienda. Allí se vendían objetos pequeños y relucientes a los marineros. Relojes, navajas automáticas, mecheros, magnetoscopios de bolsillo, pletinas *simestim*, cadenas *manriki* con contrapesos y *shurikens*. Los *shurikens* siempre le habían fascinado, estrellas de metal de punta afilada. Algunos estaban cromados, otros eran negros y otros contaban con una superficie irisada similar a los reflejos del aceite en el agua, pero los que más le llamaron la atención fueron los cromados. Estaban colocados sobre una ultragamuza escarlata y amarrados a ella con unos nudos casi invisibles de nailon de pesca, y en su centro tenían adornos de dragones o símbolos del yin y el yang. Reflejaban el neón de la calle y refractaban la luz. Esta imagen le hizo pensar a Case que eran las estrellas bajo las que se abría su porvenir, un destino escrito en una constelación de cromo barato.

–Julie –dijo a las estrellas–. Es hora de ver al viejo Julie. Él sabrá qué hacer.

Julius Deane tenía ciento treinta y cinco años. Su metabolismo se alteraba con asiduidad gracias a la fortuna que gastaba todas las semanas en sueros y hormonas. Su seguro principal contra el envejecimiento era una peregrinación anual a Tokio, donde cirujanos genéticos reseteaban el código de su ADN. Aquella técnica no estaba disponible en Chiba. Después volaba a Hong Kong y hacía acopio de camisas y trajes para todo el año. Asexuado y paciente hasta extremos inhumanos, lo que más satisfacción parecía ofrecerle era su entrega a variedades esotéricas de culto a la sastrería. Case nunca lo había visto llevar el mismo traje dos veces, aunque su fondo de armario parecía consistir en su totalidad en meticulosas recreaciones de atuendos del siglo anterior. Llevaba gafas con una montura dorada y muy delgada, de cristales pulidos de cuarzo rosa sintético y biselados como los espejos de una casa de muñecas victoriana.

Sus oficinas se encontraban en un almacén detrás de Ninsei. Una parte de este se había decorado de manera minimalista con una colección de muebles europeos que parecían seleccionados al azar, como si en algún momento Deane hubiese pensado en mudarse allí. Unas estanterías neoztecas acumulaban polvo contra una pared de la estancia en la que esperaba Case. Un par de lámparas de mesa de estilo Disney se retorcián desgarbadas sobre una mesilla baja que parecía salida de la mente de Kandinski y cuyo acero estaba lacado de un rojo escarlata. Un reloj a lo Dalí colgaba en la pared entre las estanterías, y su circunferencia deformada caía hacia el suelo de hormigón. Las manecillas eran hologramas que cambiaban para adecuarse a las circunvoluciones de la esfera a medida que rotaban, y que nunca marcaban la hora correcta. La estancia estaba llena de cajas de fibra de vidrio blanca que olían a jengibre en conserva.

–Parece que estás limpio, hijo –le oyó decir a la incorpórea voz de Deane–. Entra.

Unos cerrojos magnéticos se abrieron por la enorme puerta de imi-

tación de palisandro que había a la izquierda de las estanterías. Unas letras mayúsculas autoadhesivas y algo ajadas que rezaban importaciones y exportaciones julius deane surcaban el plástico. Si los muebles desperdigados por el vestíbulo improvisado de Deane sugerían que se trataba de un lugar perteneciente a finales del siglo anterior, los del despacho parecían de principios de dicho siglo.

El rostro rosa e impoluto de Deane contemplaba a Case desde un haz de luz proyectado por una antigua lámpara de latón que tenía una pantalla rectangular de vidrio verde oscuro. El importador estaba bien resguardado detrás de un enorme escritorio de acero pintado flanqueado a cada lado por unos armarios altos con cajones fabricados con algún tipo de madera de tonalidad pálida. Case supuso que en el pasado se habría usado para almacenar registros escritos de alguna clase. El escritorio estaba lleno a rebosar de cintas de casete, rollos impresos y amarillentos y varias piezas de una máquina de escribir mecánica, que Deane nunca parecía tener tiempo de volver a montar.

—¿Qué te trae por aquí, chavalín? —preguntó Deane al tiempo que le ofrecía a Case un caramelo estrecho envuelto en un papel a cuadros blancos y azules—. Prueba uno. Ting Ting Jahe, los mejores.

Case rechazó el caramelo de jengibre, se sentó en una amplia silla giratoria de madera y pasó el pulgar por las costuras desteñidas de sus vaqueros negros.

—Julie, he oído que Wage quiere matarme.

—Ah. Sí, eso. ¿Y quién te lo ha dicho, si puede saberse?

—Gente.

—Gente —repitió Deane al tiempo que saboreaba un caramelo—. ¿Qué clase de gente? ¿Amigos?

Case asintió.

—No siempre es fácil saber quiénes son tus amigos, ¿verdad?

—Le debo un poco de dinero, Deane. ¿Te ha dicho algo?

—No estamos en contacto de un tiempo a esta parte. —Luego suspiró—. Y si lo supiera, tampoco es que fuera a decirte nada. Ya sabes cómo son las cosas.

—¿Las cosas?

—Es un contacto muy importante, Case.

—Ya. ¿Quiere matarme, Julie?

—Que yo sepa, no. —Deane se encogió de hombros, como si hablasen sobre el precio del jengibre—. Si resulta que era un rumor infundado, hijo, vuelve dentro de una semana o así y te daré algo procedente de Singapur.

—¿Del hotel Nan Hai de la calle Bencoolen?

—¡Qué lengua más larga tienes, hijo!

Deane sonrió. El escritorio de metal estaba lleno de equipamiento de depuración valorado en una fortuna.

—Nos vemos, Julie. Saludaré a Wage.

Deane alzó la mano y rozó con los dedos el nudo perfecto de su corbata de tonos pálidos.

Se dio cuenta cuando se encontraba a menos de una manzana de la oficina de Deane. Fue esa repentina impresión a nivel celular de que alguien le pisaba los talones, y muy cerca.

Case sabía a ciencia cierta que llevaba tiempo cultivando una paranoia reprimida. El truco consistía en no dejar que se saliera de madre, pero era difícil de llevar a cabo cuando estabas muy puesto debido a un buen montón de octógonos. Intentó controlar la adrenalina y mantuvo sus estrechas facciones en un rictus de impasibilidad y apatía mientras fingía que se dejaba llevar por la multitud. Consiguió detenerse cuando vio un escaparate oscuro, que resultó pertenecer a una *boutique* quirúrgica cerrada por reformas. Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y se quedó mirando a través del cristal al rectángulo plano de carne sintética que yacía sobre un pedestal esculpido en jade de imitación. El color de la piel le recordó al de las putas de Zone, y tenía tatuada una pantalla digital luminosa conectada a un chip subcutáneo.

«¿Por qué preocuparte por la cirugía cuando puedes llevarla en el bolsillo?», pensó mientras notaba cómo el sudor le bajaba por las costillas.

Sin mover la cabeza, alzó la vista y examinó en el reflejo a la multitud que pasaba detrás de él.

Allí.

Detrás de los marineros con camisas caqui de manga corta. Pelo negro, gafas espejadas, ropa oscura, delgado...

Y desapareció.

Luego Case empezó a correr inclinado un poco hacia delante y esquivando a la muchedumbre.

—¿Me alquilas un arma, Shin?

El chico sonrió.

—Dos horas. —Se encontraban el uno frente al otro, rodeados por el olor a marisco crudo detrás de un puesto de *sushi* en Shiga—. Vuelve. En dos horas.

—Necesito una ahora, tío. ¿Tienes algo que dejarme ahora mismo?

Shin rebuscó detrás de unos botes vacíos de dos litros que antes estaban llenos de rábano picante en polvo. Sacó un paquete estrecho envuelto en un plástico gris.

—Un táser. Una hora. Veinte neoyenes. Treinta de fianza.

—Joder. ¿Adónde voy yo con esto? Necesito una pistola. Puede que tenga que pegarle un tiro a alguien, ¿me entiendes?

El camarero se encogió de hombros y volvió a colocar el táser detrás de los botes de rábano picante.

—Dos horas.

Entró en la tienda sin molestarse en mirar el expositor de *shurikens*. Nunca había lanzado uno en su vida.

Compró dos cajetillas de Yeheyuan con un chip del Mitsubishi Bank que lo identificaba como Charles Derek May. Le gustaba más que Truman Starr, el mejor nombre que había conseguido ponerse en un pasaporte.

La mujer japonesa que estaba detrás del terminal parecía algo mayor que el viejo Deane, y no había aprovechado ninguno de los años que le sacaba para beneficiarse de los avances de la ciencia. Case se sacó del bolsillo el delgado fajo de neoyenes y se lo enseñó.

—Quiero comprar un arma.

Ella hizo un gesto hacia un estuche lleno de dagas.

—No, no me gustan las dagas —aseguró él.

Después sacó una caja rectangular de debajo del mostrador. La tapa era de cartón amarillo y tenía impresa una imagen bastante rudimentaria de una cobra enroscada con la capucha abierta. Dentro había ocho cilindros idénticos envueltos en sendos pañuelos. Se quedó mirando mientras unos dedos con manchas marrones desenvolvían uno. La mujer alzó lo que había en su interior para que Case lo examinara: era un soso tubo de acero con una correa de cuero en un extremo y una pequeña pirámide de bronce en el otro. La anciana agarró el tubo con una mano, sostuvo la pirámide entre el pulgar y el índice de la otra mano y tiró. Tres segmentos engrasados y telescópicos con resortes muy apretados se deslizaron hacia fuera y quedaron fijados.

—Cobra —dijo la anciana.

El cielo era de ese infame color plumizo sobre el titilar de las luces de neón de Ninsei. El aire había empeorado y esa noche parecía tener dientes, lo que obligaba a la mitad de las personas a llevar mascarillas de filtración. Case había pasado diez minutos en un urinario tratando de descubrir la mejor manera de ocultar la cobra, y al final había decidido encajar el mango en la cintura de los vaqueros y cruzar el tubo sobre el vientre. La afilada punta piramidal se le clavaba entre las costillas y le rozaba el forro de la cazadora. Le dio la impresión de que podía caérsele al suelo y repiquetear en cualquier momento, pero llevarla encima lo hacía sentir mucho mejor.

El Chat no era en realidad un bar de trapicheos, pero entre semana atraía a cierto tipo de clientela. Los viernes y los sábados eran diferentes. La mayoría de los parroquianos seguían acudiendo al lugar, pero se entremezclaban con todo un caudal de marineros y especialistas que los desplumaban. Case buscó a Ratz nada más traspasar las puertas, pero el barman no estaba a la vista. Lonny Zone, el proxeneta del lugar, observaba con interés apático y paternal cómo una de sus chicas se marchaba con un joven marinero. Zone era adicto a una marca de hipnóticos que los japoneses llamaban Bailanubes. Case le indicó al proxeneta que se acer-

case a la barra cuando lo miró, y el hombre se empezó a abrir paso entre la multitud a cámara lenta, con su alargado rostro hierático pero sereno.

–¿Has visto hoy a Wage, Lonny?

Zone lo miró con su parsimonia habitual. Agitó la cabeza.

–¿Estás seguro, tío?

–Puede que en el Namban. Hace dos horas.

–¿Iba con algún matón? ¿Sabes si uno de ellos tenía el pelo negro y una cazadora negra?

–No –respondió Zone al fin, con la frente muy arrugada para dejar claro el esfuerzo que le había llevado recordar unos detalles tan insignificantes–. Eran grandes. Injertados.

Los ojos de Zone no tenían mucho blanco y casi nada de iris. Tenía las pupilas dilatadas y enormes debajo de sus párpados caídos. Se quedó un buen rato contemplando el rostro de Case y luego bajó la mirada. Vio el bulto del látigo de metal.

–Cobra –dijo al tiempo que arqueaba una ceja–. ¿Quieres joderle la vida a alguien?

–Nos vemos, Lonny.

Case se marchó del bar.

Volvían a seguirlo. Estaba seguro. Sintió una punzada de euforia, como si los octógonos y la adrenalina se entremezclasen con algo más.

«Lo estás disfrutando –pensó–. Estás loco.»

Lo cierto era que se podía comparar a un viaje por la matriz, de una manera algo extraña y muy aproximada. Solo había que meterse de todo hasta colocarse, toparse con un problema desesperado pero extrañamente arbitrario, y luego uno podía ver Ninsei como si fuese un campo de datos, de igual manera que la matriz le había recordado en cierta ocasión a los enlaces de las proteínas que servían para distinguir la especialización celular.

Luego uno podía lanzarse a la deriva y empezar a derrapar, absorto pero distanciado al mismo tiempo, y ver cómo a su alrededor revoloteaban los negocios, interactuaba la información y los datos se volvían de carne y hueso en los laberintos del mercado negro...

«A por ellos, Case –se dijo para sí–. Jódelos a base de bien. Es lo último que se esperan.»

Se encontraba a media manzana del salón recreativo en el que había conocido a Linda Lee.

Recorrió Ninsei a toda prisa, abriéndose paso a empujones entre un grupo de marineros que daban un paseo. Uno de ellos le gritó algo en español mientras él seguía su camino. Después atravesó la entrada y el estruendo del lugar le envolvió como una ola, los graves no dejaban de retumbarle en el estómago. Alguien consiguió un impacto de diez megatonnes en *Guerra de tanques europea*, y una onda expansiva simulada recorrió el salón recreativo para luego ahogarlo en ruido blanco mientras una vistosa bola de fuego holográfica estallaba como un hongo nuclear sobre sus cabezas. Giró a la derecha y subió a grandes zancadas un tramo de escaleras de madera prensada sin pintar. Había subido una vez con Wage para hablar sobre una transacción de gatillos hormonales ilegales con un hombre llamado Matsuga. Recordaba el pasillo, la moqueta rugosa, la hilera de puertas idénticas que llevaban a pequeños cubículos de oficina. Había una puerta abierta. Una japonesa que llevaba una camiseta negra sin mangas alzó la vista de un terminal blanco; detrás de ella había un póster de Grecia: el azul del Egeo salpicado de ideogramas simplificados.

–Que suban los de seguridad –le dijo Case.

Después echó a correr por el pasillo y se perdió de vista. Las últimas dos puertas estaban cerradas, dio por hecho que con llave. Giró y le dio una patada con el talón de sus zapatillas de nailon al azul barnizado de la puerta enchapada. Se salió de los goznes y la cerrajería barata cayó al suelo desde el marco. Estaba oscuro, y vio la curva blanca de la carcasa de un terminal. Después se acercó a la puerta de la derecha, agarró con ambas manos el picaporte de plástico transparente y empujó con todas sus fuerzas. Algo emitió un chasquido, y pasó al interior. Ese era el lugar en el que Wage y él se habían reunido con Matsuga, pero la sociedad instrumental que representaba Matsuga en aquel momento parecía haber desaparecido hacía mucho. No había terminal ni nada. Una luz se proyectaba desde el callejón que había detrás del salón recreativo y se filtraba a través de un plástico tiznado de hollín. Atisbó un fibróptico enrollado

que salía de un hueco de la pared, una pila de cajas de comida vacías y el rotor sin aspas de un ventilador eléctrico.

La ventana solo tenía una hoja de plástico barato. Se quitó la chaqueta, la hizo un ovillo en la mano derecha y le dio un puñetazo. Se resquebrajó, pero necesitó dos golpes más para sacarla del marco. Oyó que empezaba a sonar una alarma por encima del caos ahogado de los recreativos, activada a causa de la ventana rota o por la chica del principio del pasillo.

Case se dio la vuelta, se puso la chaqueta y extendió la cobra al máximo.

La puerta estaba cerrada, y dio por hecho que la persona que lo seguía pensaría que había entrado por la que había sacado de los goznes de una patada. La pirámide de bronce de la cobra empezó a mecerse con suavidad, y la vara de acero elástico amplificaba su pulso en la mano.

No sucedió nada. Solo se oyeron el alboroto de la alarma, el estallido de los juegos, el retumbar de su corazón. Cuando llegó el miedo, fue como si volviese a estar con un amigo al que casi había olvidado. No era esa fría y súbita paranoia de las dextroanfetaminas, sino puro miedo animal. Había vivido tanto tiempo al borde de una ansiedad constante que casi se había olvidado de lo que era el miedo de verdad.

Ese cubículo era el típico lugar en el que había muerto gente. Él no iba a ser menos. Bien podrían tener armas...

Un estallido al fondo del pasillo. La voz de un hombre que le gritaba algo a la japonesa. Un grito, estridente y cargado de pavor. Otro estallido.

Y pasos, pausados, que se acercaban.

Que pasaban junto a su puerta cerrada y dejaban de oírse durante tres latidos de su acelerado corazón. Después prosiguieron. Uno, dos, tres. Un talón rozó la moqueta.

Fue entonces cuando dejó de sentir el valor que le infundía el octógono. Volvió a recoger la cobra y se abalanzó hacia la ventana, cegado por el miedo y con los nervios a flor de piel. Saltó, salió y cayó, todo ello antes de ser consciente siquiera de lo que acababa de hacer. El impacto contra el suelo hizo que notara punzadas de dolor por las canillas.

Un estrecho haz de luz se proyectaba por la puerta entreabierta de una escotilla de mantenimiento rodeada por un montón de fibrópticos

desechados y el bastidor de una consola desguazada. Case cayó bocabajo sobre un pedazo de madera empapada, y después rodó hacia la sombra de la consola. La ventana del cubículo no era más que un cuadrado de luz tenue. La alarma no había dejado de sonar, más fuerte ahí abajo, y la pared ahogaba el rugido de los juegos.

Apareció una cabeza en mitad de la ventana, recortada contra la luz de los tubos fluorescentes del pasillo. Luego desapareció. No tardó en regresar, pero Case fue incapaz de discernir sus facciones. Vio un destello plateado a la altura de los ojos.

—Joder —dijo alguien, una mujer con acento de la región septentrional del Ensanche.

La cabeza había vuelto a desaparecer. Case se quedó escondido bajo la consola mientras contaba hasta veinte y luego se puso en pie. Aún tenía la cobra de acero en la mano, y tardó unos pocos segundos en recordar lo que era. Se tambaleó por el callejón, mientras trataba de no pisar fuerte con el tobillo izquierdo.

La pistola de Shin era una imitación vietnamita de cincuenta años de una copia sudamericana de una Walther PPK, de doble acción en el primer disparo y mucho retroceso. La recámara servía para balas del calibre 22, y Case habría preferido balas explosivas de azida de plomo a las chinas de punta hueca que le había vendido Shin. No obstante, ahora tenía una pistola con nueve balas, y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta mientras se alejaba del puesto de *sushi*. La empuñadura era de plástico rojo moldeado con motivos de un dragón erguido, una manera de tener una referencia al pasar el pulgar por ella en la oscuridad. Tiró la cobra a un contenedor de basura de Ninsei y se tragó otro octógono sin echar un trago de agua.

La pastilla avivó su sistema nervioso y se dejó llevar desde Shiga hasta Ninsei para luego terminar en Baiitsu. Llegó a la conclusión de que habían dejado de seguirlo, y le pareció bien. Tenía llamadas que hacer y negocios que cerrar, asuntos inaplazables todos ellos. Una manzana más de Baiitsu en dirección al puerto había un anodino edificio de oficinas de diez pisos fabricado con espantosos ladrillos amarillos. Las

ventanas estaban oscuras a esas horas, pero, si alzabas un poco el cuello, podías percibir un tenue brillo en la azotea. Un cartel de neón apagado que había junto a la puerta rezaba hotel barato debajo de varios ideogramas. Case ignoraba si el lugar tenía nombre alguno: siempre lo había llamado «Hotel Barato». Se llegaba a él a través de un callejón de Baiitsu, donde un ascensor esperaba al pie de un hueco transparente. El ascensor, al igual que el Hotel Barato, parecía más bien un añadido unido al edificio con bambú y resina epoxi. Case subió a la cabina de plástico y usó la llave: un pedazo alargado de cinta magnética rígida.

Desde que había llegado a Chiba, había alquilado a razón de una cápsula por semana, pero nunca había dormido en el Hotel Barato. Dormía en sitios más baratos aún.

El ascensor olía a perfumes y a cigarrillos, y los lados de la cabina estaban arañados y manchados con grasa de dedos. Vio las luces de Ninsei al pasar del quinto piso. Tamborileó con los dedos contra la empuñadura de la pistola mientras la cabina se detenía con un siseo gradual. Como siempre, se detuvo con una sacudida brusca, pero ya estaba preparado para ella. Salió al patio que hacía las veces de jardín y vestíbulo.

Un adolescente japonés leía un libro de texto sentado detrás de una consola con forma de C en el centro de esa alfombra cuadrada y verde de césped de plástico. Las cápsulas de fibra de vidrio blanca estaban alineadas de tal manera que parecían unos andamios industriales. Seis filas de cápsulas y diez cápsulas en cada una de ellas. Case saludó al chico con una inclinación de cabeza y cojeó por el césped de plástico hasta la escalera más cercana. El recinto contaba con un techo compuesto por una plancha laminada barata que traqueteaba cuando hacía mucho viento y que tenía goteras cuando llovía, pero las cápsulas eran razonablemente difíciles de abrir sin la llave.

La pasarela de rejilla vibraba bajo su peso mientras se dirigía por la tercera fila hasta el número 92. Las cápsulas medían tres metros de largo, y las compuertas ovaladas eran de un metro de ancho y menos de un metro y medio de alto. Metió la llave en la ranura y esperó a que el ordenador de la casa la verificase. Unas cerraduras magnéticas se abrieron con fuerza y la compuerta empezó a ascender entre el chasquido de los resortes. Los tubos fluorescentes parpadearon mientras reptaba al inte-

rior, y después cerró la puerta detrás de él y tocó en panel que activaba el pestillo manual.

En el número 92 no había nada más que un ordenador de bolsillo Hitachi normal y corriente y una caja refrigerada pequeña y blanca de poliestireno extrudido. La caja contenía los restos de tres trozos de diez kilos de hielo seco envueltos con cuidado en papel para retrasar su evaporación y una probeta de laboratorio de metal repujado. Echado sobre la espuma viscoelástica marrón que servía tanto de suelo como de cama, Case sacó del bolsillo la 22 de Shin y la colocó sobre la caja. Después se quitó la cazadora. La terminal de la cápsula estaba encajada en una pared cóncava, frente a un panel en el que se detallaban las normas del lugar en siete idiomas. Case descolgó el teléfono rosa y marcó de memoria un número de Hong Kong. Lo dejó sonar cinco veces y luego colgó. Su comprador de los tres megabytes de RAM mangados del Hitachi no cogía las llamadas.

Después marcó un número de Shinjuku, en Tokio.

Una mujer respondió con unas palabras en japonés.

—¿Está el Víbora?

—Qué alegría saber de ti —dijo el Víbora, que se unió a la llamada desde una extensión—. Quería hablar contigo.

—Tengo la música que querías.

Mirando a la caja.

—Me alegra oírlo. Ahora mismo tenemos un problema de liquidez. ¿Podrías fiárnosla?

—Pero... tío, es que necesito el dinero ya mismo...

El Víbora colgó.

—¿Será cabrón? —le dijo Case al zumbido del teléfono. Después se quedó mirando la pistolita barata—. Incierto. Esta noche todo me parece muy incierto.

Case entró en el Chat una hora antes del amanecer con ambas manos en los bolsillos de la cazadora: en una de ellas sostenía la pistola alquilada; en la otra, la probeta de metal.

Ratz estaba en una mesa situada al fondo y bebía agua Apollonaris

en una jarra de cerveza, con sus ciento veinte kilos de carne rolliza sobre una silla chirriante y apoyados contra la pared. Un niño brasileño llamado Kurt estaba en la barra y servía a los pocos parroquianos del lugar, casi todos ellos borrachos taciturnos. El brazo de plástico de Ratz zumbaba cada vez que levantaba la jarra para beber. Su cabeza afeitada estaba cubierta por una película de sudor.

–Qué mal te veo, amigo *artiste* –dijo al tiempo que mostraba el húmedo estropicio que era su dentadura.

–Me va bien –respondió Case, y le dedicó una sonrisa cadavérica–. Superbién.

Se dejó caer en la silla frente a Ratz sin sacar las manos de los bolsillos.

–Y por eso vas por ahí en ese cuerpo que parece un búnker portátil hecho de priva y de anfetas, claro. A prueba de emociones fuertes, ¿no?

–¿Por qué no te metes en sus asuntos, Ratz? ¿Has visto a Wage?

–A prueba del miedo y de la soledad –continuó el barman–. Quizá te convenga prestarle más atención al miedo. Puede ser un buen amigo.

–¿Sabes algo de la pelea que se produjo anoche en el salón recreativo, Ratz? ¿Algún herido?

–Algún pirado rajó a uno de seguridad. –Se encogió de hombros–. Dicen que era una chica.

–Tengo que hablar con Wage, Ratz. Tengo que...

–Ah. –Ratz cerró la boca y apretó los labios hasta formar una delgada línea. Miraba detrás de Case, hacia la entrada–. Diría que estás a punto de hacerlo.

A Case le vinieron a la mente de repente los *shurikens* del expositor. La cabeza empezó a irle a mil por hora, y notó cómo la pistola que tenía en la mano le resbalaba a causa del sudor.

–*Herr Wage* –dijo Ratz al tiempo que extendía despacio la prótesis mecánica rosa, como si esperase un apretón de manos–. Es todo un placer. No sueles honrarnos con tu presencia.

Case giró la cabeza y alzó la vista para mirar a Wage. Su rostro era una máscara bronceada y olvidable. Sus ojos eran artificiales, trasplantes Nikon de color verdemar. Llevaba un traje de seda de color plomizo y sendos y simples brazaletes de platino en las muñecas. Iba flanqueado

por sus matones, jóvenes casi idénticos cuyos brazos y hombros abultados sin duda eran producto de los injertos.

—¿Cómo te va, Case?

—Caballeros —dijo Ratz al tiempo que cogía el cenicero colmado de la mesa con su garra de plástico rosa—. No quiero problemas. —El cenicero estaba fabricado con un plástico denso e inastillable y tenía el logo de la cerveza Tsingtao. Ratz lo estrujó con suavidad. En ese momento las colillas y esquirlas de plástico verde empezaron a caer sobre la mesa—. ¿Ha quedado claro?

—Oye, encanto, ¿te gustaría probar eso conmigo? —dijo uno de los matones.

—Ni te molestes en apuntar a las piernas, Kurt —respondió Ratz con naturalidad.

Case miró a la otra punta de la estancia y vio al brasileño que, subido a la barra, apuntaba al trío con una pistola antidisturbios Smith & Wesson. El cañón estaba hecho de una aleación fina como el papel envuelta en un kilómetro de fibra de vidrio y era lo bastante ancho como para que cupiese un puño. El escuálido cargador contenía cinco cartuchos grandes y anaranjados, proyectiles subsónicos de jalea arenosa.

—Técnicamente hablando, no es letal —apuntó Ratz.

—Oye, Ratz. Te debo una —aseguró Case.

El barman se encogió de hombros.

—No me debes nada. Estos de aquí deberían saberlo. —Fulminó con la mirada a Wage y a los matones—. No quiero muertes en el Chatsubo. Wage carraspeó.

—¿Quién ha dicho nada de matar a nadie? Solo venimos a hablar de negocios. Case y yo trabajamos juntos.

Case sacó la 22 del bolsillo y apuntó a la entepierna de Wage.

—Me han dicho que quieres acabar conmigo.

La garra rosa de Ratz se cerró alrededor de la pistola, y Case bajó el brazo.

—Mira, Case, ¿me quieres decir qué coño pasa contigo? ¿Te has vuelto loco? ¿De dónde cojones has sacado que te quiero matar, hostia? —Wage se giró hacia el chico que tenía a la izquierda—. Volved a Namban y esperadme allí.

Case vio cómo pasaban junto a la barra, que se había quedado del todo vacía a excepción de Kurt y un marinero de atuendo caqui hecho un ovillo entre las patas de un taburete. El cañón de la Smith & Wesson siguió a los matones hasta la puerta y luego volvió a apuntar hacia Wage. El cargador de la pistola de Case repiqueteó contra la mesa. Ratz levantó la pistola con la garra y después sacó la bala de la recámara.

—¿Quién te ha dicho que iba a por ti, Case? —preguntó Wage.

Linda.

—¿Quién te lo ha contado, tío? ¿Alguien intenta tenderte una trampa? El marinero gruñó y soltó un chorro de vómito.

—Sácalo de aquí —le gritó Ratz a Kurt, que ahora estaba sentado al borde de la barra con la Smith & Wesson sobre el regazo y se encendía un cigarrillo.

Case percibió cómo el peso de la noche se apoderaba de él, como si tuviese una bolsa de arena mojada detrás de los ojos. Sacó la probeta del bolsillo y se la pasó a Wage.

—Es todo lo que tengo. Pituitarias. Puedes conseguir hasta quinientas si te mueves rápido. Iba a conseguir el resto vendiendo una RAM, pero he perdido al comprador.

—¿Estás bien, Case? —La probeta ya había desaparecido de su solapa plomiza—. No pasa nada. Esto es suficiente, pero tienes mal aspecto. Estás hecho unos zorros. Será mejor que vayas a algún lado para descansar.

—Sí. —Se puso en pie y sintió como el Chat oscilaba a su alrededor—. Tenía cincuenta, pero se los di a alguien. —Rio entre dientes. Después cogió el cargador de la 22 y la bala suelta y se los guardó en un bolsillo. Metió la pistola en el otro—. Tengo que ver a Shin y recuperar la fianza.

—Ve a casa —dijo Ratz, que se agitó en la silla chirriante con algo parecido a la vergüenza en el rostro—. *Artiste*. Vete a casa.

Notó cómo lo miraban mientras cruzaba la estancia y empujaba con el hombro las puertas de plástico para salir.

—Putá —dijo a los tonos rosáceos que cubrían Shiga.

En Ninsei, los hologramas se desvanecían como fantasmas y la mayor parte del neón ya estaba frío y apagado. Le dio un sorbo al café solo

servido en dedal de espuma que le había comprado a un vendedor callejero y contempló el amanecer—. Te marchaste, cariño. Las ciudades como esta están hechas para personas a las que nos gusta la decadencia.

Pero eso no era lo que había ocurrido de verdad, y cada vez le resultaba más difícil sentirse traicionado. Ella solo quería un billete para volver a casa, y la RAM de su Hitachi podía comprárselo si encontraba el perista adecuado. Y después estaba el asunto de los cincuenta, que ella casi había rechazado a sabiendas de que estaba a punto de robarle todo lo que tenía.

Cuando salió del ascensor, vio al mismo chico en el escritorio. Con un libro de texto diferente.

—¿Qué tal, amigo? —gritó Case mientras avanzaba por el césped de plástico—. No hace falta que me lo digas. Ya lo sé. Una mujer muy guapa vino de visita y dijo que tenía mi llave. Te dejó una buena propina. ¿Cuánto? ¿Cincuenta neoyenes? —El chico bajó el libro—. La mujer —continuó Case al tiempo que dibujaba una línea por la frente con el pulgar—. Seda. —Le dedicó una amplia sonrisa. El chico se la devolvió y asintió—. Gracias, gilipollas.

Ya en la pasarela, se las vio y se las deseó con la cerradura. Supuso que la había estropeado de alguna manera al forzarla. Principiante. Él sabía dónde alquilar una caja negra que abría cualquier cosa del Hotel Barato. Los tubos fluorescentes se encendieron cuando reptó hacia el interior.

—Cierra la compuerta muy despacio, amigo. ¿Aún tienes ese especial del sábado noche que le alquilaste al camarero?

Tenía la espalda apoyada en la pared del fondo de la cápsula, con las rodillas levantadas y las muñecas apoyadas en ellas. Los cañones múltiples de una pistola de dardos se atisbaban entre sus manos.

—¿La de los recreativos eras tú? —Cerró la compuerta—. ¿Dónde está Linda?

—Pulsa el interruptor del cerrojo.

Lo hizo.

—¿Es tu chica? ¿Linda?

Case asintió.

—Se ha marchado. Se llevó tu Hitachi. Era una chica muy nerviosa. ¿Y la pistola, tío?

Tenía unas gafas de espejo. Llevaba la ropa negra, y los tacones de unas botas también negras se clavaban a mucha profundidad en la espuma viscoelástica.

—Se la he devuelto a Shin para recuperar la fianza. Le volví a vender las balas por la mitad de lo que le había pagado. ¿Quieres el dinero?

—No.

—¿Quieres un poco de hielo seco? Es lo único que tengo.

—¿Qué te ha pasado esta noche? ¿Por qué has montado ese numerito en el salón recreativo? Tuve que darle una buena paliza a un privipoli que me siguió con unos *nunchakus*.

—Linda dijo que ibais a matarme.

—¿Que dijo qué? Nunca la había visto antes de venir aquí.

—¿No estás con Wage?

Negó con la cabeza. Case se dio cuenta de que las gafas eran un injerto en su rostro y se cerraban alrededor de sus cuencas oculares. Los cristales plateados parecían surgir de la piel suave y pálida que tenía sobre las mejillas, todo ello encuadrado en un cabello negro y algo despeinado. Los dedos que atenazaban la pistola de dardos eran esbeltos, blancos y de puntas de color bermellón. Las uñas parecían falsas.

—Creo que la has cagado, Case. Te has montado una película conmigo y me has metido donde mejor encajaba.

—¿Y qué es lo que quieres entonces, señorita?

Se dejó caer contra la compuerta.

—A ti. Un cuerpo vivo con el cerebro más o menos intacto. Molly, Case. Me llamo Molly. El hombre para el que trabajo me ha pedido que te venga a buscar. Solo quiere hablar. Nada más. Nadie te va a hacer daño.

—Menos mal.

—Pero también es verdad que a veces sí que le hago daño a la gente, Case. Supongo que lo llevo en los genes. —Llevaba unos pantalones ceñidos de cuero negro y una cazadora abultada y negra de una tela que daba la impresión de absorber la luz—. ¿Te portarás bien si suelto la pistola, Case? Algo me dice que eres de esos a quienes les gusta arriesgarse aunque sea una locura.

—Siempre me porto bien. Soy un pusilánime. No tendrás problema.

—Así me gusta, tío. —La pistola de dardos desapareció en la cazadora

negra—. Porque como intentes jugármela, será la última vez que te arriesgues en toda tu vida.

Extendió las manos con las palmas hacia arriba y los dedos blancos algo separados. En ese momento se oyó un chasquido casi inaudible y diez escalpelos de cuatro centímetros y doble filo surgieron de los armazones bajo sus uñas de color bermellón.

Sonrió mientras las cuchillas se replegaban poco a poco.